EL ARTESANO.

ORGANO DE LOS INTERESES DE LA "SOCIEDAD DE ARTESANOS."

BUSCAR EN LA EDUCACIÓN LA DISCIPLINA MORAL PARA QUE ELLA ENJENDRE LA LIBERTAD EN TODAS SUS FUERZAS, EN TODOS SUS ESPLENDORES, ES NUESTRO SÍMBOLO, NUESTRO PROGRAMA, NUESTRA ASPIRACIÓN Y NUESTRA ESPERANZA.
 "PARA UN HOMBRE DE BIEN, SER PERIODISTA ES LA PRIMERA DE LAS PROFESIONES."
 AMAMOS TANTO Á LA CLASE OBRERA, QUE Á ELLA DEDICAMOS NUESTRA CONSAGRACIÓN Y CARÍO.

OFICINA: Calle de Goicoechea. NÚMERO 1, SUB.	Redactor, Administrador Y EDITOR RESPONSABLE, ALEJO MARIN J.	SUSCRICION: SERIE DE 12 NÚMEROS..... \$ 1-00. NÚMERO SUELTO..... 0-10.
---	--	---

EL ARTESANO.

CORRESPONDENCIA OFICIAL.

San José, 10 de setiembre de 1889.

Señor don Alejo Marín, Presidente de la Sociedad de Artesanos.

P.

SEÑOR:

Rindo á U. y á la Sociedad que dignamente preside, las más expresivas gracias por el honor que me han hecho al conferirme el carácter de socio honorario de la misma, cuyo diploma recibí oportunamente.

La simpatía que me inspiran los esfuerzos de la Sociedad de Artesanos en el sentido de mejorar la condición de la clase obrera por medio de la asociación y del estudio, hace que yo reciba con suma complacencia este testimonio de aprecio, que sabré conservar como un título verdaderamente honroso para mí.

Soy de U., señor Presidente, muy atento servidor,

ELOY TRUQUE.

San José, setiembre 14 de 1889.

Señor Presidente de la Sociedad de Artesanos

Muy señor mío y de toda mi consideración:

Me es gratísimo enviar á U. la adjunta obra como un pequeño obsequio del que suscribe á la honrosa y laudable Sociedad que U. tan dignamente preside.

Así como mañana UU. celebran su nacimiento á la vida de la libertad, hago fervientes votos porque muy luego adquiera el noble pueblo costarricense las aptitudes suficientes á hacerle caminar á la vanguardia de las naciones civilizadas, como así es de esperar, merced sobre todo á las buenas leyes que les rigen y al espíritu de asociación que les anima á UU.

Al mismo tiempo le hago presente que me sería muy grato se me considerase como suscriptor á "El Artesano."

Reciba U. señor Presidente, juntamente con los señores socios, el testimonio sincero de amistad de este su afectísimo

S. S. Q. S. M. B.
JULIO CARBALLO ENRIQUEZ.
Gran Hotel, nº 13.

San José, 14 de setiembre de 1889.

Señor don Julio Carballo Enríquez.

Pte.

Señor de mi aprecio:

Háme sido entregada su estimable de hoy junto con "La Civilización," valiosa obra con que Ud. se digna obsequiar á la Sociedad de Artesanos para enriquecer más su Biblioteca y Sala de lectura que mañana abrimos al servicio público de todas las clases sociales.

Nosotros los artesanos de Costa Rica celebramos mañana, el aniversario del día en que resucitamos á la vida de la libertad é independencia, el nacimiento intelectual de la Asociación, medio porque creemos, como Ud. espera, que muy pronto nuestro pueblo adquiera las aptitudes bastantes para entrar de lleno en la vida de la civilización y del progreso, que sirven de guía á la sociedad moderna.

¡Y cosa rara! La modestísima fiesta que la Sociedad tiene mañana, día de la Independencia Nacional, significa para nosotros sus miembros un paso más dado en el camino de la democracia. En efecto: ofrecer al pueblo por medio de la lectura los grandes conocimientos de los apóstoles del mundo, abriendo de par en par las puertas á la inteligencia que busca el pan que nutre el alma, en el día más glorioso para los corazzones centroamericanos, y hoy que los costarricenses nos agitamos en medio de una lucha política librada por dos bandos que se disputan los futuros destinos de la patria, es, señor Carballo, un presagio halagador para los liberales miembros de la Sociedad de Artesanos, afiliados casi en su totalidad al partido progresista.

Pero, perdone: esta no es sino ocasión de que me alboroce alentado por las benévolas palabras de Ud. y por su generoso donativo, el cual estiman todos mis compañeros como es debido.

Sírvase aceptar las protestas de consideración distinguida con que soy su atento seguro servidor.

A. MARÍN J.

Sociedad de Artesanos.
(CRÓNICA DEL 15 DE SETIEMBRE).
Distribuidas oportunamente y publicadas en "El Artesano" las tarjetas de invita-

ción para el acto de inaugurar la Biblioteca y la Sala de lectura que la Sociedad de Artesanos abrió al servicio público á las cinco de la tarde del último domingo, el local de la Asociación estaba convenientemente preparado y listo para recibir á los Socios é invitados.—Modesta y humilde como es, la Sociedad no ostentaba adornos ni flores: sólo exhibía en sus paredes interiores y armarios de su edificio un tesoro, acumulado á fuerza de constancia y de inteligencia: los objetos que la fiesta simbolizaba de un modo práctico, cierto y positivo.

Vimos allí una infinidad de magníficos cuadros y cartas geográficas de inestimable valor científico, industrial, agrícola y artístico, obsequio de don Ascensión Esquivel; vimos una rica colección de periódicos centroamericanos y extranjeros, recibidos como canje al órgano de publicación de la Sociedad, y vimos apiñados en los estantes de la Biblioteca como unos quinientos volúmenes, obras de todo género: Historia, industrias, oficios, artes, literatura, derecho, ciencias, religión, etc., etc.; todo un tesoro dispuesto á derramar luz, á vulgarizar conocimientos y á nutrir inteligencias.

Los concurrentes á penas cabían en las oficinas de la Sociedad, y sólo sentimos que no estuvieran allí todos los asociados, pues no concurren arriba de la quinta parte.—Fueron además varios de los socios honorarios, entre los cuales recordamos al Licenciado don Ramón Loría, don Manuel Bejarano y Licenciado don Isidro Marín.—Hubo también algunos particulares, nacionales y extranjeros, como que la inauguración de una Biblioteca popular es una muestra de progreso, y el progreso no tiene vallas.—

El acto dió principio á las cinco de la tarde con la lectura del acuerdo por que se creó la Biblioteca, el Reglamento que la ha de regir, un trabajo de don Eloy Truque y algunos otros artículos publicados en "El Artesano", concernientes á la institución.—En seguida el Presidente de la Sociedad leyó los nombres de treinta y siete personas que se han dignado corresponder á los deseos de la Asociación, obsequiándola con libros, y á quienes el señor Marín tributó público testimonio de gratitud.

A continuación el socio don Luis Castro pronunció el discurso oficial, arrancando de su auditorio nutridos aplausos.

Luego pasamos, por invitación del señor Presidente, á contemplar y admirar las obras de la Biblioteca pública, primera de ese género que se ofrece al pueblo honrado y laborioso de Costa Rica por un puñado de valientes hijos del progreso, por un puñado

de esforzados operarios, por unos pocos artesanos, en cuyo pecho late el fuego del entusiasmo y la fe por una causa noble.

A punto y seguido se nos sirvió un excelente refresco como para dar también contento al cuerpo, ya que el alma tanto gozaba en aquellos momentos.—Brindaron por la prosperidad de la Asociación y de la Biblioteca, por la ventura de los Socios, por el inquebrantable entusiasmo del señor Marín al realizar sus nobles propósitos, no obstados nunca ni aún por las decepciones más horribles que le ha hecho padecer la maledicencia de miserables habladores, y por el pueblo costarricense que da artesanos tan firmes, laboriosos y constantes como los de la Sociedad, los señores don Ramón Loría, don Isidro Marín, don Tacio Castro, don Licímaco Hoyos, don Ricardo Nanne, don Luis Castro y otros muchos que no recordamos. Brindó también el Presidente de la Corporación, haciendo gratísimos recuerdos de las personas que lo han alentado en su tarea y obsequiado con libros.—Se brindó también por el triunfo de la candidatura liberal, de la que son partidarios decididos la mayor parte de los Socios; por el liberal progresista Gobierno del probo ciudadano don Bernardo Soto, y por la Libertad de que hoy, como nunca, disfrutamos los costarricenses.

Fué un rato de indecible, arrebatador entusiasmo.

Allí mismo solicitaron su admisión como Socios activos ó incorporados los señores don Ramón Loría, don Ricardo Nanne, don Luis F. Sáenz, don Gregorio Soto, don Napoleón Carballo, don Esteban Aguilar, don Licímaco Hoyos y don Tacio Castro, cuya solicitud será satisfecha en la primera oportunidad, engrosando así las filas compactas de los incansables trabajadores del progreso popular.

A las siete de la noche la concurrencia se retiró gratamente impresionada y satisfecha y con el recuerdo de tres horas empleadas en hermosa ocupación.

Concluimos esta ligera crónica deseando que el fin que persigue la Sociedad de Artesanos sea coronado con un éxito brillante, en justo premio del esforzado propósito de los asociados, y como una recompensa á la dedicación y al trabajo.

MICHEL.

NO MATEIS MAS.

(Reflexiones de un condenado á muerte.)

Mañana el cañonazo del alba será la señal de los preparativos horribles para quitarme la vida.

Tengo aún tiempo de pensar. Dios ha permitido que la víspera de mi último día conserve toda mi energía para hacerme cargo de mi situación. Puedo aun respirar ese aire que pronto me faltará, y recibir ese rayo de luz que pasa atrevido por la ventanilla de la cárcel como un mensajero de Dios que viene á recordarme una nueva patria.

Si la sociedad me arroja violentamente de su seno, ha matado mis ilusiones y me ha dado la tumba por perspectiva; de ese santuario de la muerte se levantará mi espíritu. Si, *hay algo que sobrevive*, lo siento en lo más íntimo; hay algo en el hombre que se parece al infinito, é irá á confundirse con la Divina esencia. Mañana lo veré, por más que me aflija esta idea... mañana palparé ese infinito...!

De momento se me viene á la memoria el

pasado. Patria, familia, amigos, los recuerdos de mi vida, todo me viene á sorprender y se apodera de mi mente; y si hago un esfuerzo para remontarme á otras edades y á otras generaciones, veo á los hombres de cada país cruzar como sombras silenciosas en mi imaginación, y me afectan mucho más aquellos que, como yo, han sido víctimas de la barbarie de la ley ó de la fuerza de las circunstancias.

Mañana seré sacrificado. La sociedad se propone dar en mí un ejemplo y amedrenta á los demás que como yo pueden extraviarse en la senda del deber. Pero sucederá, como ha sucedido siempre, todo lo contrario del fin que la sociedad ha tenido en mira. De la multitud de espectadores que rodearán el patíbulo, la mayor parte irán por curiosidad, y muy pocos se poseerán de un sentimiento de lástima, pero tan pasajero que momentos después estarán en el teatro ó en otro espectáculo en que procurarán matar el tiempo, como dicen las gentes de mundo.

Mientras tanto, el hombre se puede arrepentir de todas veras; pero ¿qué importa á la sociedad que el culpable conozca en esos momentos la gravedad de su falta? *Quod scripsi scripsi*, el arrepentimiento nada pesa en la balanza de los destinos sociales, y el hombre que por el arrepentimiento ha merecido el perdón de Dios, no podrá alcanzar el perdón de la sociedad.

Los momentos son preciosos para mí. El reloj es mi primer verdugo. Cuando yo estaba entretenido en los cuidados del mundo, el sonido de un reloj siempre me fué indiferente. Hoy que cuento por segundos el tiempo que me queda de vida, cada campanada de esa máquina produce en mí un terrible efecto. Me parece ver detrás á la misma muerte que acelera su movimiento. Una campanada es para mí un toque de agonía, é involuntariamente llevo mi mano fría al corazón que late con extraordinaria violencia.

Sólo se habla del bien cuando se ha perdido ó está para perderse. Hoy que me encuentro en este trance terrible siento que me renace, que se me acrecienta el amor á la vida.—Hoy que toda esperanza ha acabado para mí, hoy que ya parezco tocar los límites de un mundo desconocido, es cuando le tengo más horror á la muerte.

¿Qué haré en mi último trance? ¿Lucharé con mis verdugos ó me dejaré sacrificar con la tranquilidad de un mártir que anhela por dejar la vida para obtener cuanto antes la palma? Alejemos ese terrible pensamiento; necesito ya de alguna calma. Pero ¿qué oigo?... El reloj dá las doce. Sí, es la suprema hora del recogimiento; la naturaleza parece dormida y las estrellas atraviezan silenciosas el espacio, enviando de paso á los mortales su luz triste y melancólica. Ellas también me envían un rayo de luz por la ventanilla y lo interpreto como un llamamiento divino. Sí, ya iré; la campana me lo acaba de anunciar. Iré, pero dejo en el mundo un pedazo de mi alma; dejo á mi pobre y desventurada familia, y no hay desgracia más grande para un padre que dejar á los suyos sin un porvenir que les sonría, sin un pan con qué poder contar para el día siguiente. La sociedad por lo menos debía encargarse de los huérfanos del pobre ajusticiado, que no deja por herencia más que lágrimas y el espantoso recuerdo del cadalso.

La sociedad me priva de la vida cuando acaso, andando el tiempo, hubiera podido ser útil á mi patria, porque el hombre al fin, con un poco de reflexión, tiene que obedecer á sus buenos instintos.

Pero por corregirme me hace cadáver, por castigarme deja sin pan á una numerosa familia que no contaba más que con mi apoyo, y por hacer escarmentar proporciona al público un rato de distracción con el patíbulo.

Yo comparo mi muerte, que me causa una profunda sensación, con la de aquellos que poseídos de un sentimiento muy fuerte caen á millares en el combate, sin que ese espectáculo infunda cobardía á los demás. En el campo de batalla se familiariza el hombre con la muerte porque no tiene tiempo para pensar en ella.

¿Qué culpa tiene el desgraciado que muere en el patíbulo porque no ha habido un lugar seguro donde guardarlo? Pero no es tiempo de

investigar ya la injusticia con que se procede; yo moriré irremediamente con razón ó in ella; pero si los legisladores pudieran por un momento hacerse cargo de lo horribles sufrimientos de un condenado, en el acto escucharían la voz de la razón y borrarían de los códigos esa pena terrible.

Por fortuna ha llegado para nosotros una época mejor. Ya no existe el suplicio de la cruz, ya no el desgarramiento de carnes, ni el aceite hirviendo, ni la horca ni otros muchos suplicios en que se hacía padecer á los pobres condenados atroces tormentos. ¡Oh! ya parece que oigo los clamores de los condenados de otros tiempos. Ya parece que veo arder ante inmensa muchedumbre la camisa azufrada del condenado á la hoguera y perderse su fisonomía en medio del humo, y sus lamentos con el estallido de la llama. Ya creo oír la horripilante sentencia de Ravallac en que se mandaba *atenaccar en el pecho, brazos, muslos y pantorrillas; tener la mano derecha quemada con azufre y que se le echase plomo derretido, aceite hirviendo, pez, cera y azufre también derretido sobre las partes atenuadas; hecho esto se le tiraría por cuatro caballos, sus miembros se arrojarían al fuego y sus cenizas al aire*... No puedo concluir; este recuerdo me produce un efecto espantoso.—Quiero recordar mejor los suplicios sin tormento, y de pronto me asalta á la imaginación la lúgubre escena de Wittehall en que al golpe de hacha de un desconocido caé anegada en su sangre la cabeza de un Estuardo—su ademán era tranquilo, su actitud resuelta y murió con la serenidad de un filósofo. Apareció la guillotina, como *redentora del dolor* á destruir de un solo golpe la vida del hombre. Es, dice Guillotín, cuestión de un minuto, y no se siente más que *un poco de frío* en el cuello;—después todo ha acabado. Yo no me conformo con esto. El rostro de Carlota Corday dió muestra de cólera algunos minutos después de haber sido guillotinado; y al querer pinchar con un alfiler los ojos de otro ajusticiado, éste los cerraba en el acto. Pero el hecho es que se quita la vida del hombre en más ó menos tiempo, y con la multiplicación de las ejecuciones el poder público no ha hecho más que acostumbrar á los pueblos á espectáculos de muerte, cerrando su corazón á todo instinto generoso. Mas estas son dicertaciones por demás inútiles; dentro de poco mi cerebro no será más que una masa informe de materia por la virtud de varias esferas de plomo que una preocupación ó un error de la sociedad ha hecho inflamar para destruir mi pobre organización. Un mal no se cura con otro mal; y si el hombre puede matar al hombre en el momento de ser injustamente atacado, la sociedad pierde ese derecho porque encuentra bajo su poder á un infeliz inerme.

Me ocurre ahora una idea. ¿Podré anticiparme á la obra de mis verdugos tomando un veneno que conservo? Feliz idea: con la muerte me emanciparé de su poder y no les daré el placer del espectáculo. Pero ¿qué digo? ¿Quiero hacerme cómplice en el pecado que comete la sociedad al matar á un hombre? No, no; que consumen su obra; una muerte más es un nuevo argumento que aduce la razón en contra de esa pena ante el tribunal de la conciencia pública.

Yo he observado que los suplicios disminuyen, que el tormento desaparece y que la vida humana tiene en estos tiempos más garantía; las legislaciones suavizan su escala penal, y este resultado es debido á la razón que por fin hablará decididamente a los hombres y les dirá:

“No matéis más, basta; la vida del hombre debe ser inviolable ante el poder social, y el castigo del crimen consiste en provocar el arrepentimiento, convirtiendo de esta manera al culpable en un hombre regenerado, útil á sí mismo, á su familia y á su patria.”

San Salvador.

RAFAEL REYES.

(De “El Municipio Salvadoreño.”)

Carlota Villacorta.

I.

ENGAÑO.

En la calle de Cuesta de Moras, apiñada entre otras construcciones parecidas, se encuentra una casita pequeña, retirada de la calle, y que sólo tiene unos seis metros de frente.—Una puerta y una ventana, ambas pintadas de azul de cielo, el tejado rojo vivo y las paredes blanqueadas con cal común; eso es todo, pero bastante para albergar á Gerardo Villacorta y á su hermana Carlota, únicos habitantes de ese nido de pájaro que sólo contiene una salita que ocupa todo el frente, dos cuartitos caedizos y una cocina.—El conjunto así diminuto como es, tiene un aire de limpieza y coquetería tal, que á primera vista se adivina que tal habitación es el albergue de una mujer joven, de imaginación activa y de costumbres intachables en su moralidad y en sus hábitos de orden y de limpieza.

En efecto, Carlota es costurera y su hermano es carpintero; mas no pertenecen á la clase de artesanos ignorantes y abandonados, sino á la muy simpática especie enteramente nueva, de jóvenes que, por haber alcanzado mejores tiempos, concurren á las escuelas públicas y de allí sacaron esos conocimientos elementales que comprenden la enseñanza primaria.

Ambos sabían leer y escribir, con suficientes nociones de contabilidad, de Geografía y de Historia.—El continuo roce con sus patronos les comunicaba cierta elegancia y finura de maneras que hacía de Carlota una muchacha encantadora.

Tal la consideraba Jorge Barrales, uno de los más apuestas jóvenes de San José, que la visitaba, y de quien se enamoró perdidamente. Digo perdidamente, no porque Jorge fuera capaz de una pasión pura y noble, sino, precisamente, porque el amor de Barrales fué la perdición de Carlota, engañada con una promesa de matrimonio mil veces confirmada.

Un día encontró Gerardo á su hermana bañada en lágrimas leyendo una carta, que no quiso ó no pudo ocultar á su hermano.—La carta era una de esas despedidas llenas de frases dulces y ardientes protestas, pero en cuyo fondo se veía claro el veneno que destrozaba el corazón de Carlota.—Le decía que él estaba muy joven, y por consiguiente debía renunciar á una unión que haría la desgracia de ambos.

Gerardo quedó hecho una estatua, sumergido en una dolorosa y profunda meditación.—Mas esto no duró mucho, y repentinamente se levantó y se acercó á su hermana, á quien abrazó tiernamente.—Buscó alguna cosa que sacó de un cofre, y salió. El que hubiera encontrado á Gerardo en esa ocasión habría leído en aquella fisonomía varonil y resuelta alguna tragedia espantosa que se anunciaba cercana en el sombrío centelleo de sus rasgados ojos pardos, agrandados por la cólera y la audacia de las intenciones que lo dominaban.

II.

EL CASTIGO.

Seis semanas después la sociedad josefina se dirigía presurosa al Palacio de Justicia, donde tenía lugar la reunión de un Jurado que debía decidir de la suerte de Gerardo, quien se había delatado á sí mismo presentándose al Juez del Crimen para ponerse á sus órdenes, porque acababa de matar á Jorge Barrales, disparándole dos tiros de revólver, uno de los cuales le atravesó el corazón; perdiéndose la otra bala en los pulmones del que había sido amante de Carlota.

Gerardo era el objeto de la curiosidad general.—Pálido y triste, pero tranquilo y sereno, cuando llegó el momento de la defensa sólo dijo lo siguiente: "no me arrepiento de lo sucedido; si mil veces estuviera colocado en situación parecida, mil veces mataría al infame seductor, que convirtió mi vida y la de mi hermana en un tormento continuo".

Cuando el Presidente del Jurado, con voz temblorosa por la emoción, pronunció el veredicto absolutorio del tribunal de hecho, un ca-

loroso aplauso fué la respuesta del público asistente.

Declarado no culpable, y puesto en libertad por el Juez del Crimen, Gerardo, siempre triste y callado, pero estrechando entre las suyas las manos de sus amigos, marchó á su casa acompañado de numeroso concurso, compuesto de casi todos los carpinteros de San José.

Gerardo Villacorta es hoy uno de los miembros del Club Liberal Progresista, entre cuyos compañeros goza de la merecida influencia que consigo trae el cumplimiento del deber y una vida irreprochable.

San José, setiembre de 1889.

SIRIO.

PULCARIAZOS.

LA "Sociedad de Artesanos" de Managua ha estado á punto de disorverse en días pasados; y no es sino á fuerza de constancia de parte de don Félix P. Zelaya, Presidente de la Sociedad y Redactor de nuestro tocayo "El Artesano", que se empieza á reorganizar y prosigue las tareas emprendidas anteriormente.

No conocemos al señor Zelaya, pero su desisterés y empeño nos son tan simpáticos, que lo apreciamos como si fuera nuestro amigo y compañero; y en realidad que lo es. Adelante, compañero, que ya nos veremos.

CLUB MILITAR.—"La Bandera Nacional" de fines de agosto da cuenta de un Club Militar proyectado en Guatemala por varios Jefes y Oficiales del Ejército de aquella capital, "con el objeto de hacer más estrechos los vínculos de amistad que deben existir entre los jefes y oficiales superiores, sin perjuicio de los deberes de respeto y subordinación que la Ordenanza les impone respectivamente".

El 23 de agosto se discutieron los Estatutos del Club, "probando que el asunto había sido encomendado á buenas manos", á las del señor General don Camilo Alvarez, iniciador de la idea.

Pero nuestro colega, en su número del 30, da á conocer la frialdad que luego entró en aquellos hijos de Marte, pues el asunto fué echado en olvido; y se queja de que el espíritu de asociación es posible que no halle eco en los entusiastas de un momento.

Ahora preguntamos nosotros: ¿no es conveniente que nuestros militares intenten la organización de un Club ó punto de reunión común á los asociados, con el objeto de recrearse como buenos compañeros?—Creemos que sí, y esperamos del señor General Soto que inicie ó fomente su creación, la que consideramos de suma importancia.—Desde luego ofrecemos nuestros servicios.

¡QUÉ TRAGÓN!—Cierta abogada defendió en un litigio á una señorita con quien se iba á casar, y la hizo pagar una enorme cantidad por sus honorarios.

La niña le echó en cara su codicia, y él respondió:

—Le hago pagar á Ud. el precio justo, para que vea cuán lucrativa es mi profesión y el buen negocio que hace Ud. casándose con un hombre que gana tan fácilmente el dinero.

DICCIONARIO DE CHAPINISMOS.

COMBOY.

Felicitemos á la Real Academia por haber admitido en su último Diccionario esta palabra, por el aparato que se usa en la mesa para colocar los frascos que contienen

aceite, vinagre, sal, pimienta, etc; pues francamente, hacía mucha falta su admisión.—Ni *aceitera*, ni *vinagrera*, llenaban el objeto; y en cuanto á la más castiza, que es *taller*, apostamos que ni en Madrid mismo la hubieran entendido los mozos de una fonda. Eso de taller está bueno para las carpinterías y zapaterías; pero no para la mesa.

COTÓN.

Voz procedente del germánico, que significa jubón, y vale para nosotros lo mismo que chaqueta ó chaquetón. Es pues castiza y no hay por qué ver con desconfianza la palabra.

(De "La Bandera Nacional").

RIFA.—La señora Feliciano Patiño avisa: que el número premiado de su rifa es el 35, vendido á Daniel González, de quien espera que pase á su casa por el premio.

SALUDAMOS á "La Voz de la Pura Mora," nuevo semanario que comenzó á publicarse el sábado, del cual es editor don Teodoro Mora. Dámosle las gracias por los inmerecidos elogios que nos tributa el chispeante hebdomedario de la calle de Velarde.

PARTIDA.—Don Buenaventura Corrales, el inteligente Oficial Mayor del Ministerio de Instrucción Pública, parte el 28 de los corrientes hacia las playas europeas en busca de salud. Deseámosle un viaje muy feliz, grata permanencia en el viejo continente y pronto regreso al suelo natal.

DISCURSO.—Recibimos oportunamente el discurso encomendado por el Ayuntamiento de la ciudad de Alajuela á nuestro amigo don Francisco Montero Barrantes, con motivo del aniversario de la Independencia Nacional. De él copiamos los siguientes nobles párrafos, que enaltecen á su autor por la justicia merecida que hace á la Madre Patria, España, y por sus ideas unionistas, por lo cual lo felicitamos cordialmente.

Dice así el señor Montero Barrantes:

"Felices mil veces nosotros que podemos enviar desde este rincón de la América bendiciones mil á la Madre Patria, la España noble, la España fuerte, la España generosa,—la que nos dió sus hábitos, sus costumbres, su religión, y más que todo, la que nos enseñó que debíamos morir antes que ser esclavos y soportar el yugo oprobioso y mil veces maldito que los tiranos imponen á los pueblos para chupar su sangre y hecerlos víctimas de sus instintos de monstruos infernales, abortos del mal.

¿Qué funesto recuerdo puede empañar nuestra dicha de este día? ¿Por qué habríamos de denostar á España por el estado miserable en que vivimos durante el coloniaje? Injustos seríamos, señores, si tal conducta hubiéramos de observar. ¿Qué era la metrópoli bajo el cetro de Carlos I, de los Felipes II á V, del rey hechizado, de Carlos IV y de Fernando VII? Era la esclava que devora todas las afrentas, era el león enjaulado que martiriza el domador, era la vestal púdica hundida en el cieno de la ignominia por los Olivares y los Calderones y otros cuyos nombres son manchas de lodo y sangre en las albas brillantes páginas de la Historia.

Al fin ella fué libre como nosotros y lució en su horizonte político, hasta allí tempestuoso, el sol primaveral que la hizo ver un cielo azul sin mancha de nube alguna. Enterrada la caterva de tiranos que desgarraron su seno y la apartaron de sus hijos amadísimos, extendió sus brazos buscando á éstos para testificarles su amor con sus ca-

ricias. Retraídas primero las naciones americanas y ofuscadas sus miradas con el brillo de la roja sangre que en los campos de batalla vertieron los héroes de la independencia rechazaban los reclamos de España y la insultaban como madre apóstata y cruel.

No sucede ya lo mismo. Relegados al olvido los viejos odios infundados, fórmase una sociedad poderosa de propaganda llamada Unión Ibero Americana, con el fin de reanudar los rotos lazos que unían á los hijos con la madre, no para que volvamos á ser colonos, sino para constituir una poderosa federación en el porvenir, que haga de América y España un solo país y de la raza hispano-americana una sola familia.

Señores: saludemos á la heroica España en este día y deseémosle de corazón todo género de dichas: que si ella fué vencida en lucha sin igual por sus hijos de América que querían la libertad, era porque como dice un poeta, á la noble sangre que infundió en nuestras venas, generosa y heroica, se mezclaba la heroica y generosa del americano que no aceptaba ningún yugo porque todo lo inducía á amar la libertad, desde la gigantesca montaña de nevada cumbre escondida entre las nubes, hasta el impotente océano que con sus olas baña las costas. El río caudaloso, el arroyuelo murmurante entre flores, la suave brisa embalsamada, los pajarillos que trinan melodiosamente, el inmenso volcán que retumba y la enorme catarata que brama, todo, señores, decía libertad, y por eso el americano la buscó hasta encontrarla, barriendo todos los obstáculos que á su consecución se oponían.

Una corona de rosas y violetas y jazmines quisiera ya ceñir á la frente de España como ofrenda á su valor y prueba de nuestra gratitud. Hagamos votos porque ella prospere; y enviemos también un saludo á nuestras hermanas del centro, que algún día abandonarán su aislamiento para estrechar en abrazo eterno que haga de estas cinco Repúblicas una sola nación, grande, respetada y fuerte por las conquistas que haga en los campos de las ciencias, las letras, las artes, la industria, la agricultura y el comercio, que son las conquistas que anhela obtener el genio del siglo XIX."

Los tesoros del mar Rojo

Se encuentran de venta en la más simpática de las tiendas de San José: en la de Biliche y Comp^a Argüello y amigas.

Ayer, nada menos, pasábamos frente á la botica de Durán y Núñez, mirando de reojo, y tuvimos que volver filas á la derecha, marchar de frente á paso redoblado y meternos en aquel resto de Faraón. Biliche estaba allí y nos mostró

Alhajas al dorado fino.

Regalos para cumpleaños.

Idem para niños Esquivelistas.

Corbatas de última moda.

Gran variedad de juegos de sociedad, en verso.

Libros modernos en francés, buenos para nuestra Biblioteca.

Perfumería finísima.

Adornos para lámparas.

Cadenas para Ingenieros.

Comas para escritorio.

Plumas de acero para los constitucionales.
Albums con música.
Felicitaciones, menús y tarjetas.
Coloretos, polizones, corpiños y blanco de perla.
Jueguitos de porcelana.
Relojes eléctricos, á lo Edison.
Lámparas de pies y manos.
Botonaduras de fantasía.
Todo, en fin, lo que pida el buen gusto de los partidarios de Rodríguez y Esquivel.
Ir, ver, comprar, y volver por más

Gimnástica pedagógica.

FOR

JOSE MORENO.

(Continúa).

El Doctor don Eduardo U. Wilde describe en breves palabras el efecto fisiológico de la gimnástica, en los siguientes términos que no sin gran placer reproduzco, poniéndolos de relieve en mis pobres escritos: "Bajo el imperio de estos ejercicios sabiamente dirigidos, dice el Doctor Wilde, la nutrición se hace mejor, las secreciones se hacen por completo; la piel se pone blanda y suave, de color uniforme y se desprende de depósitos sebaceos, granos, etc., adquiere su dirección normal, la respiración se verifica espléndidamente, el pecho de los jóvenes se levanta, y á lo hermoso del busto se añade á más la sanidad y la amplitud de los pulmones; la circulación activa de la sangre derrama abundantemente la vida en todo los órganos, los capilares se llenan, y coloran agradablemente el rostro, el organismo se convierte en foco de calor suave, ligeramente húmedo, el apetito se despierta y el sueño profundo se apodera del cerebro á horas oportunas, pero causando al cuerpo un descanso completo."

Todas estas palabras atestiguan la pobre idea que yo había concebido, cuando practicaba la gimnástica como profesor en el Instituto Nacional, cuya grata memoria me hace recordarlo, y más que la memoria, el sólo hecho de haberlo dirigido el ilustre y esclarecido Doctor don Valeriano Fernández Ferraz, insigne apóstol de la enseñanza en Costa Rica, cuyo nombre venero y es para mí inmortal, pues es una de las primeras figuras y prohombres en la espinosa carrera del magisterio, que han, para dicha nuestra, pisado el suelo costarricense.

Pues la idea que tenía y lo que noté en aquella época, debido á la falta de gimnástica en las escuelas públicas, era una pesantez y un modo de andar desagradable y poco airoso en la mayor parte de los educandos.

No pretendo endulzar con palabras á mis lectores, si es que hay unos y otros, pintando con figuras retóricas ni descripciones amenas la importancia de la gimnástica; pero creo y tal vez sin mucha equivocación, que si las lectoras supieran cuánto influyen en la hermosura, gracia y donaire los ejercicios gimnásticos, de seguro no perderían la ocasión de dedicar una parte de su tiempo á estudio tan saludable al cuerpo, como al espíritu, pues á aquel lo conforta y vigoriza dándole bellas formas y á éste le da aliente y vida para poder sufragar las fuertes tareas que desempeña intelectualmente.

Muchas veces me he convencido por experiencias vistas, de lo que dicen los varios autores de gimnástica acerca de la importancia de ésta, pero ninguna ni con más aséveración puede convencerme que la que ví cuando fui profesor de esta ciencia en el Instituto Nacional. He aquí el caso que referiré por contarlo como uno de los que más certeza darán á mis pequeños experimentos y á los de los grandes tratadistas que tanto empeño se toman cada día por dar á conocer al mundo científico los sorprendentes progresos de esta ciencia en la de la medicina.

Continuara.

ANUNCIOS.

GRAN HOTEL.

Esquina frente al Palacio Nacional.
Cantina,—Billares,—Baños tibios y fríos.
Salones y cuartos á la última.—Mesa redonda y de servicio privado.

Proprietario,
G. de Benedictis.

San José de Costa Rica.

ULTIMAS MODAS.

A la tienda del que suscribe, en la esquina N. O. del Parque Central se acaban de recibir las últimas novedades en modas parisienses.—Hay un gran surtido de géneros esquisitos y adornos delicados para trajes de señoras, señoritas y niñas; calzado finísimo, corpiños y corscees, abrigos, sereñeras y pañoletas; medias y escaarpines de toda clases, etc., etc. Todo pedido expresamente para el consumo de la elegante sociedad josefina.

¡Ocurrid!

TEODOSIO CASTRO.

LA MAR DE COSAS.

G. Herrero & C^a, deseosos siempre de corresponder al delicado gusto de sus parroquianos, les ofrece de hoy en adelante todo lo más selecto en materia de artículos de lujo para trajes de todo género y calidad.—Tienen una colección riquísima de géneros nuevos, fabricados expresamente y traídos en la última semana.

Gran surtido de vestidos para caballeros y niños; calzados, botitas y zapatillas; botas de montar, corbatas, guantes, abanicos; camisas de lino, medias de hilo de Escocia, puños y cuellos de toda clase, número y formas.

San José, agosto 23 de 1889.

LAS NOVEDADES.

Primera sombrerería de esta capital, tiene y recibe por cada vapor sombreros de toda clase, colores, formas, tamaños y gustos.—Desde el aristocrático copa alta hasta el ligero paja inglesa.

Tenemos sombreros de pita los más finos y elegantes; fieltros, vicuños y boleros altos, bajos, redondos y plegados.

Precios sin rival.

Ver, creer y comprar.

ABARROTIS

y artículos de todo género en conservas, como frutas, confites, carnes y mariscos.

Licores, vinos y cervezas.

Puros y cigarrillos de las mejores fábricas.

Mantecás, aceite de olivas y gran variedad.

Al por mayor y menudeo.

De todo lo que se busque tiene

LA MASCOTA

DE

Pages, Cañas y C^a

San José, agosto 25 de 1889.

Típ. Nacional.